

## Para los diputados

Permítanme iniciar con una anécdota personal de alguien que influyó de manera decidida en mi vida, y en particular en mi formación profesional.

Mi abuelo fue un hombre visionario, una persona de avanzada para su época. Alguien que sin una formación académica formal, razonaba mucho mejor que varios que sí la tenían, y poseía una vasta cultura.

En las tardes lluviosas de verano, nos encontrábamos los dos: un joven inquieto de secundaria, aburrido por no poder salir a jugar, y un hombre mayor colmado de experiencia y sabiduría. Unas veces, simplemente jugábamos dominó, y otras me platicaba historias, algunas inventadas por él, y unas más que aprendió a lo largo de su vida.

Aquella tarde, mientras las gotas de lluvia golpeaban pertinazmente la ventana de su despacho, iniciamos una larga conversación acerca del avance de la humanidad. Me fue contando, entre otras muchas cosas, cómo el Hombre descubrió el fuego, la rueda, la utilización del viento para impulsar sus barcos; cómo aprendió a concentrar el sol para quemar las velas de las embarcaciones enemigas, a utilizar los molinos de viento y de agua para moler el trigo, y otros granos más. Me habló también de los grandes pensadores griegos: Aristóteles, Platón, Demócrito: aquél que estableciera por primera vez la noción del átomo. Posteriormente, el italiano Galileo Galilei, un genio, un inventor, el padre de la ciencia, decía él. Y, me explicó cómo la Iglesia Católica lo persiguió, lo procesó y lo condenó a prisión perpetua por sus ideas, por sus conocimientos.

—No permitas que los dogmas, el oscurantismo, el fanatismo y la ignorancia, impidan el avance y el desarrollo de la humanidad —me dijo, mientras señalaba con el dedo el arco iris que surgía de entre las últimas gotas de lluvia, y los rayos de sol que se filtraban entre las nubes que cedían su lugar al azul del cielo.

En un abrir y cerrar de ojos, estábamos ya en la revolución industrial:

—¡La máquina de vapor, la máquina de vapor!, mi hijito, un gran invento, y el carbón para producir el vapor; un gran avance de la humanidad —me decía con emoción en sus palabras; él fue un hombre que nació a finales del Siglo XIX, y fue testigo de grandes cambios.

—Muchos accidentes y muertes ocurrieron al inicio de la industrialización. Toda la actividad humana, y sobre todo la industrial, conlleva un riesgo, y hay que vivirlo. Además, la tecnología se va desarrollando y mejorando para reducir lo más posible esos riesgos, y la

probabilidad de que ocurra un accidente. El Titanic se hundió al chocar con un iceberg enorme, y no por eso se terminó la industria naviera. Pero, y qué decir de la contaminación. Londres, y gran parte de las ciudades importantes de Inglaterra estaban tiznadas –me decía, al tiempo que reía de manera un poco burlona. Realmente mi abuelo nunca fue un gran admirador de los ingleses. –Algo habrá que hacer para que esos ingleses, y otros, no sigan tiznando al mundo –concluyó, mientras sus risas se hacían más sonoras. En aquellos años, todavía no se tomaba en serio la problemática de los gases de efecto invernadero y el cambio climático.

–De ahí hacía adelante, de manera vertiginosa se vino un gran desarrollo industrial, y aún más, potenciado por el descubrimiento del petróleo. El consumo de energía, por lo tanto, creció también en forma pavorosa; había que encontrar nuevas formas de energía –continuó, una vez recobrada la seriedad.

–Y, ¿te acuerdas de Demócrito?, pues tuvieron que pasar más de dos mil años para que volvieran a entender y a desmenuzar el concepto del átomo. Al principio del Siglo XX, y yo siendo chamaco, se empezaron a forjar las primeras teorías científicas sobre el tema, con investigadores como Rutherford. La equivalencia entre masa y energía postulada por Einstein, y los trabajos posteriores de los físicos alemanes, algunos en sus países de origen, y otros exiliados en Estados Unidos, lograron descubrir la fisión nuclear. La más grande cantidad de energía nunca antes liberada por la humanidad había sido descubierta. Pocos años después, Enrico Fermi, un físico italiano radicado en Estados Unidos, domesticaría a la fisión nuclear, poniéndola al servicio del Hombre, para hoy y para siempre. Se podría decir que Fermi fue el iniciador de los reactores nucleares, cuya tecnología va en continua evolución, mejorando sus aspectos económicos, de confiabilidad y seguridad; y representa la esencia misma del hombre. Renunciar al desarrollo tecnológico y a la energía nuclear es renunciar al Hombre mismo.

–La oscuridad nos alcanzó, mi hijito –me dijo repentinamente.

–Pero, ¡cómo abuelo!, le dije inquieto y sorprendido: ¿La inquisición en el Siglo XX persiguió y condenó a Fermi y a la energía nuclear?

–¡No, no! quiero decir: ya se hizo de noche; prende la luz que ya no vemos nada.

Y, más tranquilo y relajado encendí el interruptor y de inmediato brotó la luz.

JL François  
Abril 10, 2011